

EDUARDO BERTRAN Y RUBIO Y LA NEUROLOGIA DE SU TIEMPO (1865) *

Dr. B. RODRIGUEZ ARIAS

(Secretario general perpetuo de la Real Academia de Medicina de Barcelona)

La figura —decididamente polifacética— del insigne patricio Eduardo Bertrán y Rubio no merece echarse al olvido, ni como Académico, ni en el terreno de la praxis más vulgar.

Yo le he conocido bastante mejor a raíz de mi trabajo sistemático en la bicentennial Academia de Barcelona, de la que soy Miembro Numerario a datar de 1956. Pero es que, además, un Primer Congreso de Historia de la Medicina Catalana tiene que serle deudor, aquí, en el palacio de la Academia, donde se celebra, de una noble alusión a su magnífica obra de erudito, de higienista. Y su gran obra docente, sanitaria y cultural fue, en los comienzos, de legítima práctica clínica. De maestro titulado en electroterapia, de profesor de una rama de la nueva terapéutica y asimismo de neurólogo clínico, de lo que hoy se llama neurólogo en el feudo de las “especialidades profesionales” reconocidas por la ley, in-

tegrada en el ubérrimo dominio de las Ciencias Neurológicas, saltó a otros quehaceres u ocupaciones y anhelos, de escritor, de tribuno, de político.

Bertrán y Rubio consiguió el sillón de Académico en 1865, hace pues 105 años. Y moría en 1910. Su número en el escalafón general de Académicos es el 104 y el epíteto, profesor de Electroterapia, Neurólogo y Publicista. Le cupo la suerte, por ende, de adelantarse —siquiera en la Ciudad Condal— a una época gloriosa, la de la Neurología clínica española. Los precursores en medicina distan, a las veces, del que promueve una labor de trascendencia y de los seguidores, a ultranza, de unas conquistas en lo asistencial, en lo nosológico y en lo curativo.

Avezado a visitar competentemente enfermos nerviosos —tarea de lo más dura y oscura en la fase pre-charcotiana de los mismos— y hábil en la utilización de máquinas terapéuticas que

(*) Versión en lengua castellana del propio autor. — Comunicación al Primer Congreso Internacional de Historia de la Medicina Catalana. — Barcelona, Junio de 1970.

solían espantar, poseedor de recursos financieros "ad hoc", supo y pudo montar un gabinete de electroterapia en su domicilio. Allí formulaba juicios diagnósticos, trataba con las socorridas "corrientes eléctricas" a sus pacientes y los animaba, en fin, consolándoles. ¡Ah de la medicina liberal de entonces, que sin curar aliviaba y resultaba humana, profundamente humana y moral, a distancia de la temida secuela jurídica de una imprudencia yatrógena, de una negligencia cómoda o de un abstencionismo de timorato! ¡Qué simbolismo majestuoso el de los deberes cristianos y profesionales, los de la auténtica vocación galénica, sin exploraciones complementarias humorales, gráficas y quirúrgicas y sin procedimientos de tratamiento racional o eficaz!

Los complicados síndromes de parálisis de origen central o periférico, las horrendas e implacables atroñas musculares, los dolores de causa nerviosa y quizá la epilepsia, requerían a la larga la mediación de un neurólogo, directamente acaso de un electroterapeuta. También, las quejas polimorfas y agobiantes del neurópata, tildado después de neurótico y psiconeurótico, con sus muy forzadas variantes diagnósticas.

La brillantísima era de Jean-Martin Charcot advino más tarde, cuando el ímpetu fundamentalmente neurológico de Bertrán y Rubio decaía para lanzarse a metas híbridas y del todo redituables o más satisfactorias.

Actuaba de ordinario el facultativo de cabecera, el médico a secas, hono-

rable práctico y alma exquisita de sacerdote y de consejero. Era el curalotodo ambivalentemente venerado o calumniado.

Una gran mayoría de síndromes nerviosos, cuya portentosa fuerza descriptiva nos asombra todavía, se introdujo y se razonó luego. Alemanes, franceses e ingleses pugnaban en el hallazgo de signos orgánicos, reveladores de una lesión o en forjar un notorio síndrome topográfico, que denunciara la localización anatómica del mal.

El jeroglífico diagnóstico de un grupo de trastornos, virtuosamente investigado o trazado, permitía excusar una apreciación de orden fisiopatológico. La etiología, por último, de las tan misteriosas neuropatías del XIX andaba en mantillas.

La neurosífilis de Fournier, *v. gr.*, entraba en acción, a lo positivo o a lo fantástico, subsiguientemente.

Y de los necesarios procedimientos curativos —exceptuada la inmanente psicoterapia llana, ni tipificada, ni reglamentada —únicamente se echaba mano de unos pocos medicamentos de dudosa eficacia, de la electricidad por antonomasia y de los balnearios de aguas minerales registradas, con sus factores climáticos, los sistemas empleados de ingestión o de baño y el reposo pastoril o mundano de 21 días (!).

La ardua o ingrata labor de precursor, del más lógico precursor, de una especialidad a la sazón abstrusa, cual la neurológica, fue imaginada y llevada a término por Bertrán Rubio.

Sus disertaciones académicas, de sabor marcadamente casuístico o estimativas de una reflexión docta, de una pericia en la materia, no innovaban lo ya observado, mas sí familiarizaban el ejercicio de la medicina ante pacientes que urdían una sintomatología compleja y esotérica o bordeaban el apocalíptico perímetro del nihilismo terapéutico. Charcot no liquidó desde la famosa clínica de La Salpêtrière, el escepticismo en boga, cuando nuestro augusto Bertrán Rubio se dejaba instigar por otros movimientos de gran y fecunda sabiduría.

Así logró enlazar su modesta visión de profeta neurólogo con la más triunfante de Luis Barraquer Roviralta, que había nacido en 1855, es decir con una antelación de tan sólo 10 años al ingreso formal de su precursor en la Academia.

Bertrán y Rubio fue uno de los genuinos eruditos de finales del ochocientos. Magistral clínico e ilustrado, discursaba, además, con elegancia y sobriedad y redactaba admirablemente bien. Polemista de nervio, sus comunicaciones científicas, sus lecciones y lo que solía objetar en las intervenciones académicas, gustaban por su poder expresivo y el móvil docente y turbaban muy luego por su seguridad en una dicción correctísima, en un estilo de pensador, en unas frases de antología y en una rotundidad de juicios, verbales o dados a una pluma de hombre de letras, de mentor nato.

Bertrán y Rubio, que se situó admirablemente como publicista, uno de los mimados de la época, instruía y

doctrinaba en los artículos de revista y en los folletos que escribía. Formó a médicos —en lo incipiente de la clínica neurológica— que olvidaban la sustancia de una patología recóndita.

Desbrozó tan sólo un campo yermo, no le guió el afán de investigar la mayor expresividad, el origen o la patogenia de unos signos, de unos fenómenos o de unas enfermedades, pero vulgarizó una ruta nada trivial en clínica.

En su gabinete de electroterapia utilizaba sencillos aparatos —sencillos ocasionalmente— de la mítica electricidad estática y de las todavía vigentes corrientes galvánica y farádica, que alimentaban pilas por carecer de la red urbana que surte de energía.

Como el tranvía eléctrico de las ciudades, bastantes métodos de la terapéutica física por definición han gozado de una vida harto fugaz. Morían casi a poco de nacer y de loarse.

Las conquistas de Roentgen, de Curie y de muchos otros benditos físicos, que la humanidad doliente glorifica, andaban en nebulosa inexplorada cuando Bertrán y Rubio lenificaba o templaba los sufrimientos de paralíticos, de los que se quejaban de algias y de los contumaces delicados de los nervios.

El esforzado neurólogo de hace cien años no curaba los trastornos orgánicos "vera efigies", ni siquiera llegaba a rehabilitar fisiológica o socialmente hablando a paralíticos y demás infortunados, aunque sí mitigaba la desgracia o consolaba en lo humano a un semejante inútil. ¡Y bastaba, ya

lo creo, entonces, porque sigue bastando, quizá, en el mundo de la apabullante técnica!

Bertrán y Rubio fue, igualmente, un Académico de cuerpo entero o de verdadera solera. Formidable discutidor y enormemente activo en sus cosas, amante de lo que venía representando el viejo cónclave, traspuesto el siglo de existencia, desempeñó la Secretaría y la Presidencia con marcadísimo acierto.

Especulativo, juicioso y uno de los buenos y ponderados rebeldes, extendía y apostillaba dictámenes, con una intención de político sanitario o cívica.

En las reuniones académicas supo decir qué quería y cómo quería, claramente, sin ambigüedades y de forma grata o lisonjera. Al hablar de enfermos, pues, al aleccionar a colegas, al explicar neurología clínica, etc., atraían muchos de sus recursos y genio didácticos.

¡Lástima que escribir bien, fácil o matemáticamente y asimismo charlar de corrido, nos haya traído sin intermisión lo pedestre y lo deficiente de muchas explicaciones de textos o de palabra!

La crítica mordaz que se hizo después de una oratoria vacua o de tipo castellarino exuberante y también de la prosa con viso literario, faltas acaso de exactitud y de indicio, ante el mundo de la técnica, de la ruda objetividad y de los extranjerismos al uso, sin los renovados conocimientos gramaticales de las lenguas oficial y vernácula, justifican el sentir adocenado que impe-

ra bastante en los escritos y en las peroratas del día. Huérfanos de guía y de clarividencia, tiranizan por "snobismo", por ignorancia relativa del idioma que se emplea y hasta por prisa y deseo obsesivo de extractar. Uno de los yerros del modernismo, que no favorece a los neurólogos de la genética, de la bioquímica, del radiodiagnóstico, etc.

Escribir y hablar como un autor más, sin pérdida de objetividad, segunda de veras la enseñanza y el magisterio a distancia, mediante letra impresa.

Cabe bosquejar historias clínicas, formular diagnósticos, razonarlos y comentar tratamientos, siendo un acreditado publicista y no menoscabar lo ideal de las descripciones justas y su óptima discusión.

Bertrán y Rubio copiaba en español la gracia pedagógica de los clínicos franceses de siempre, los de antaño y los de hoy.

En las Reales Academias de Medicina ha trabajado una Comisión llamada de "estilo y corrección del lenguaje". Bautizada con el nombre de "publicaciones y corrección de estilo" sobrevivirá.

El precursor de los neurólogos clínicos, que descolló en la Barcelona de 1865 y que descollaría, mediado el siglo xx, de existir, por su omnisciencia y por su intención realística, fue un adelantado, un perspicaz. Representó el papel de sapiente, sin proyección internacional, sin observaciones morbosas inéditas, muy dignamente, muy válidamente.

La tierna política local del ocho-

cientos le sedujo bastante, como a una gran mayoría de ilustrados, política de francos ideales y de etiqueta, de progreso y de actividad en la calle, sin el bullicio del oficinista.

Bartolomé Robert y Rodríguez Méndez se convirtieron, de igual modo, en políticos especiales, al margen de una cátedra eficaz y del Rectorado en el "alma mater", Rectorado que heredaron —sucesivamente— otros tres médicos.

Unas nociones sumarias de alteraciones o de desórdenes orgánicos e in-materiales, neurológicos todos, cupo propalar en Barcelona muy antes de fundarse la célebre Escuela de Neurología 1882 por el egregio Barraquer Roviralta, Escuela que supo realzar

más tarde Barraquer Ferré, el hijo, y que ha consolidado, por último, Barraquer Bordas, el nieto.

Bertrán y Rubio dejó, así, una estrella como médico (general y especialista neurólogo), como Académico y como vate o prócer.

Sin su clínica neurológica rudimentaria de 1865, sin su linaje académico y ciudadano, no nos engreiríamos tanto los barceloneses de un alba honrosa para una descendencia de un fundamental evangelizador y de muchos de los hoy tenidos por útiles expertos, algunos de los cuales viven.

Recordemos perpetuamente su figura con cariño y gratitud. Una deuda más de la historia que nos anima.

Se hicieron, tan sólo, unas preguntas —para ampliar datos— que contestó el disertante.